

DANIELA ARIAS



Un Amor
Más En
La Ciudad

Contents

[Title Page](#)
[Copyright](#)
[Capítulo I](#)
[Capítulo II](#)
[Capítulo III](#)
[Capítulo IV](#)
[Capítulo V](#)
[Capítulo VI](#)
[Capítulo VII](#)
[Capítulo VIII](#)
[Capítulo IX](#)
[Capítulo X](#)
[Capítulo XI](#)
[Capítulo XII](#)
[Capítulo XIII](#)
[Capítulo XIV](#)
[Epílogo](#)

UN AMOR MÁS EN LA CIUDAD

Daniela Arias

Copyright © 2020 Daniela Arias

Todos los derechos reservados.

Capítulo I

Sofía apretó los labios y se dio media vuelta para buscar su teléfono en la cartera. Ya sabía lo que Mario iba a decirle.

—¿Entonces nunca debí haber malinterpretado el hecho de que te quedaras en mi casa casi todos los fines de semana por los últimos tres meses? ¡Eso se llama una relación, Mario!

—Mira Sofí, me ha encantado estar contigo pero yo no quiero confundirte más. Fui claro cuando te conocí aquella primera noche que estuvimos juntos. Yo no quiero romance, solo pasarla bien.

—Yo también, pero no podemos negar lo que ha pasado aquí.

—No, pero creo que tú eliges ponerle subtítulos a mis palabras y a mis acciones, Sofí. Escucha lo que te he dicho y créeme: yo no quiero una relación ahora. Soy muy joven para formalizar algo. Me encantas, pero yo no estoy entusiasmado como creo que si lo estás tú.

—Ok, ok. Yo no quiero nada aquí... Adiós Mario.

Sofía se le acercó tomándole el cuello y apoyándole los labios en la mejilla, esperanzada en que el próximo viernes por la noche Mario tocaría a su puerta buscando otro fin de semana de diversión.

—Adiós Sofí, y si me permites decirte algo: yo creo que debajo de la imagen de chica de fiesta que pintas al principio, tú buscas una pareja. Piénsalo. Adiós.

Sofía intentó concentrarse en el ruido de los pájaros o en el calor que ese sol invernal le regalaba a su piel, pero tuvo que escuchar lo que este muchacho, cuatro años más joven que ella, le decía acerca de sus motivaciones en la vida — ¡uff! ¿Y este quién se ha creído? ¿Un gurú?

Mientras buscaba un taxi libre, imposible de conseguir esa tarde de domingo, llamó a Catalina para su usual descargo de ruptura amorosa:

—¡Y de nuevo Cata! Que ya no sé lo que les pasa a los hombres, son todos unos cobardes al fin y al cabo. Me ha cortado, ¡te dije que esto olía mal!

—Hola Sofí, Lo siento nena. ¿Y cómo lo has tomado? ¿Estás bien? Vente a casa y hablamos, cariño.

—Sí, sí. Buscando taxi para ir a tu apartamento. Nos vemos allí.

Sofía entró, abrazó a Catalina y luego se dirigió a la cocina a buscar su postre favorito.

—Este postre ya no se puede llamar “Cata Carrot Cake”, se debería llamar “Le han roto el corazón a Sofía otra vez” —dijo mientras cortaba un largo trozo que sería acompañado con su té de jengibre favorito.

—Sírvelo todo lo que quieras, lo he preparado ayer y es solo para ti.

—Suerte que he hecho los ejercicios de intervalo toda la bendita semana Cata, comeré sin culpa.

—Pero cuéntame, ¿qué ha pasado? —dijo su amiga mientras le recogía su largo pelo castaño para que no se manchara con el pastel.

—No te aburriré con detalles, porque esto ya parece guión de novela dramática de media tarde, pero al final de la conversación Mario se puso en modo zen y me ha dicho que yo solo aparento buscar fiesta pero que en realidad busco romance. ¡Puff! —Sofía se dio media vuelta para mirarla y agregó: — ¡Si vuelve el próximo viernes yo seré la maestra zen y deberá escucharme!

—Parecía muy agradable este tal Mario, lo siento por ti Sofí, ya habrá alguien para ti.

—Pero Cata, esto es lo que le vine diciendo, que yo no quiero nada, pero tampoco puedo evitar

las señales. Todo comienza de fiesta y son ellos los que me indican que quieren más. Que yo no estoy loca.

—Está bien Sofi, solo mantén la mente abierta y reflexiona sobre lo que te ha dicho él y otras personas más.

—¿Eres *Team Sofía* o *Team Mario*?

—Team “ya no le rompen más el corazón a Sofi” —dijo riendo Cata mientras la abrazaba—. Quédate esta noche en casa, comemos algo rico y abrimos un vino. Mañana vas al trabajo directo, cariño.

—¿Y vas a prestarme la falda que heredaré el día que vengas con un crío en el vientre y ya no te entre más? —dijo Sofía con una sonrisa mientras se tocaba la cola.

—Sí, ya te he prometido que algún día esa falda será mi herencia para ti. ¡Me haces sentir que soy vieja, Sofía!

Las amigas pasaron una noche de risas, vieron una comedia y bailaron algo de música acorde a una ruptura romántica: la banda sonora de *Bridget Jones 2, al borde de la razón*.

Sonó el despertador por quinta vez cuando Cata entraba corriendo a la habitación de invitados para subir las persianas y así sacar a su amiga de una larga noche de sueño reparador.

—Sofi, ¡es tarde amiga! —le dijo mientras le acariciaba la cabeza para que recobrarla la conciencia.

—Mmm. ¡No Mario, no!

—No soy Mario, soy Cata ¡y llegarás tarde a la oficina!

—¿Qué? ¡Oh no! —dijo Sofía mientras saltaba de la cama hacia el baño.

—Ve, ve. Aquí te dejo la falda con algunas remeras para que elijas. ¿Llamo a un taxi o irás con el metro?

—Metro, metro —balbuceó Sofía con una cantidad excesiva de pasta de diente en la boca.

Se vistió pero no pudo recogerse el cabello como hacía siempre. Eligió la remera más formal y se colocó por debajo de la falda que resaltaba su cintura. Tomó las sandalias bajas que había traído con ella y corrió a la salida.

—Sofi, ¿puedes creer que me he quedado sin café? ¡Te lo debo amiga!

—Está bien cariño, no te preocupes —le tiró unos besos con la mano y salió en busca del ascensor...

Capítulo II

Martín y Juana llegaron a la ciudad cansados de cargar valijas y recuerdos. Obligados, después de un corto funeral, a dejar el pueblo que los había visto crecer. Su madre se había dedicado en cuerpo y alma a cuidarlos para que ellos pudieran estudiar. Martín sabía que llegaría el día en que se fuera de su pequeño pueblo, pero nunca pensó que sería en estas circunstancias. Él y su hermana solos en la gran ciudad para poder salir adelante.

Se sentía muy agradecido por el hecho de que su madre le pagara los cursos online de diseño que ahora deberían rendir sus frutos. Por suerte un tío lejano, José, lo contactó con una consultora dedicada al mundo de IT que pudo ayudarlos a conseguir su primer puesto fijo en una empresa dedicada al marketing digital.

Cuando bajaron de la camioneta con todas sus posesiones, miraron hacia arriba y se dieron cuenta de que el edificio no tenía fin. Allí arriba simplemente se fundía con el sol. Subieron al piso 17 y abrieron la puerta del apartamento 3. Juana corrió, se apuró a espiar las dos habitaciones disponibles y eligió la que tenía una ventana que dejaba ver algo parecido a una callecita con cafés. A Martín no le importaba, solo quería que se acomodaran las cosas y empezar, de alguna manera, a vivir.

Esto era la mudanza para él: empezar a vivir la vida con la que siempre había fantaseado. Una gran ciudad, cafés, bares, callecitas secretas y un mundo entero por descubrir.

—Mi habitación da a una callecita llena de cafés, hay una *bakery* justo en la esquina, ¡iré a ver si tienen cookies y chocolate caliente!

—Ok, ve, ¿tienes dinero?

—Sí, sí.

—Toma un poco más por las dudas.

—Yo no voy a pagar de más.

Martín se arrimó a la ventana y se puso a mirar a la gente que pasaba, apurada, con tazas de alguna bebida caliente que les animara el cuerpo para seguir caminando a pesar del crudo frío invernal. Sentía emoción y al mismo tiempo quería tener la cabeza en frío para poder hacer todo bien. Debería trabajar, ahorrar, poner a su hermana a estudiar, on line o presencial, los primeros cursos de diseño de indumentaria y luego vería cómo hacer para juntar el dinero necesario para el instituto de los sueños de Juana, el lugar donde estudiaban los grandes. Y además de todo esto, quedaba un poco de espacio para desear un poco de diversión. Aprender a catar café, vinos. Ver música en vivo. Recorrer cada rinconcito de la ciudad.

—No encontré en la esquina pero a mitad de cuadra hay una tienda de chocolates que hace su propio chocolate caliente, ¡huele delicioso! Y encontré cookies con jengibre, las probaremos y si no van ya sabremos que fue un error.

Martín rió y le hizo señas para que se sentara en el suelo con él.

—Mmmm ¡muy rico chocolate!

—¡Sí!, a mamá le hubiera gustado.

—Mamá nunca vendría a esta parte del mundo a probar un chocolate caliente —Martín se quedó mirando la taza.

—Es verdad...

Probar un chocolate que no fuera el de su madre hubiera sido algo cercano a una traición para Martín mientras vivía en el pueblo, ahora sentía que buscaba un reemplazo para algo que nunca más sucedería. Su madre jamás volvería a traerle chocolate caliente; a besarle la cabeza y

acariciarle el hombro mientras él estudiaba.

Martín y Juana ordenaron toda la casa esa misma tarde, porque a Martín no le gustaba el desorden y Juana conocía su mal humor ante el mismo. Esa noche cenaron la pizza favorita de Juana.

—¡Mañana es tu gran día hermano! ¿Tienes nervios?

—No lo sé. Solo quiero llegar y ver el ambiente. Hay lugares que suelen ser más pesados, pero he escuchado cosas buenas de esta compañía.

—Seguro que sí, además seguro les encantarán tus diseños.

—Eso espero. Bueno, limpiemos este desorden y vayámonos a dormir que mañana quiero levantarme temprano

—Pero recién son las nueve.

—¡Sí! Tardísimo, ¡y mientras ordenamos la cocina se harán las diez! Mañana te despertaré a las seis así puedes ver qué cursos online tomarás.

—Pero... hermano, ¡ya casi soy mayor de edad!, ¿no crees que puedo elegir mi horario de mañana?

—Nada de eso Juana, te levantas y empiezas, luego a la tarde cuando vuelva podemos ir a recorrer juntos, pero debemos trabajar duro si queremos quedarnos aquí. Los ahorros no duran toda la vida y siempre es mejor no gastarlos.

—¡Puff! —Juana se levantó para llevarse los platos a la cocina. Yo lavo, tu ve a descansar.

Luego de una ducha, Martín fue a su dormitorio y recordó encender el celular. Tenía mensajes de algunos amigos del pueblo deseándole una vida feliz y un mensaje de voz de José, su tío lejano, ofreciéndole una bienvenida a la ciudad. Se verían el próximo fin de semana para pasear los tres juntos por algunos puntos de la ciudad.

Cuando sonó la alarma, Martín miraba el techo de la nueva habitación, con el corazón acelerado y las manos un poco sudadas. Se levantó, se duchó y luego de despertar a su hermana desayunaron juntos.

—Te daré la contraseña de mi ordenador y verás desde allí qué cursos tomarás —Martín tomó su laptop y la desbloqueó para Juana.

—Está bien, debemos pensar en comprar un ordenador solo para mí. Y también necesitaré una mesa de corte, tengo espacio en la habitación así no la dejamos en la sala.

—Sí, lo veremos esta semana después de que elijas curso.

—Sabes, es muy triste que mamá ya no esté aquí, pero estoy contenta de que estemos juntos. Gracias por no dejarme sola en el pueblo.

—Jamás te hubiera dejado con la prima Rosita, ella es muy buena pero no es tu familia, yo lo soy. Además quiero que estudies duro y seas alguien en la vida.

Juana se acercó y lo abrazó.

—Me iré, no quiero llegar tarde y no sé cómo me irá con el metro.

—¡Ten un lindo día Martín, te quiero!

Martín la abrazó con fuerza para que Juana supiera que él también la quería... a pesar de que nunca le respondía con palabras.

Capítulo III

Martín estaba encantado con el hecho de que tan solo había tardado diecisiete minutos en llegar a la oficina. Aún faltaban algunos minutos para que el reloj marcara las nueve de la mañana. Vio una casa de café que tenía un pequeño cartel: *Tenemos chocolate caliente*. “Ya me agrada este lugar”, pensó.

Entró, se colocó en la fila y pidió un chocolate caliente con una cookie.

—¿Nombre? —dijo el cajero que aparentaba no haber dormido muy bien.

—Martín.

—Bien, ve al final del pasillo que allí el barista te entrega el pedido —dijo el muchacho mientras marcaba su taza descartable.

Sofía había decidió no ir con el metro sino tomar taxi y rogarle al chofer que llegara cuanto antes porque necesitaba tres minutos de gloria para poder ir a buscar un café y así enfrentar un lunes repleto de reuniones. Cuando llegó, le pagó y salió disparada para el café de la esquina de la oficina. Le gustaba porque todo se hacía rápido y nadie buscaba la charla superficial para pasar el tiempo.

—Hola Pepe, ¡quiero mi café de lunes por Dios! Y voy llegando justa de tiempo.

—Sí Sofi, ve que ahora le grito al barista que te lo entregue, por la tarde me lo pagas.

—¡Gracias! Te adoro Pepe.

Sofía llegó al final del pasillo y se paró detrás de un muchacho alto, de pelo oscuro, que le tapaba la barra y le impedía ver su preciado café negro y sin azúcar. “Amargo como los lunes”, le decía siempre a Pepe.

Cuando el barista asomó la mano con una taza vio la S en rojo y con un círculo, el sello de su taza de café, como siempre.

Lo sujetó con las dos manos como si estuviera tomando su sopa preferida de invierno y tomó el primer sorbo con los ojos cerrados.

—¡Puaj! ¿Qué es esto Pepe? —le gritó—. Parece chocolate caliente, que asco, odio la leche. ¡¿Quién mezclaría el chocolate con la leche?!

En ese instante, el hombre alto de espaldas anchas se dio vuelta y la miró a los ojos.

—Creo que ha tomado mi taza, sería yo ese que adora la mezcla de chocolate y leche en la misma bebida.

Sofía lo miró y no pudo evitar reírse. Lo miraba desde arriba y le encantó la media sonrisa que le ofrecía. Su expresión emanaba ternura y sencillez; también sintió una energía que le tensó el cuerpo inmediatamente.

—No, está bien, es que a mí la lactosa me cae terrible. Disculpa por la confusión, el barista le puso mi nombre a tu chocolate caliente —le dijo Sofía mientras le entregaba la taza.

Martín asombrado se preguntó “¿por qué me da la taza?, yo no tomaré de aquí”. Cuando levantó la vista y miró con atención vio a una pequeña mujer de tez oliva y ojos de miel. Las trenzas de su pelo castaño estaban enredadas con las trenzas de lana de una bufanda que suponía podría tapparla entera. Era bellísima. Su perfume cítrico y sus labios gruesos terminaban de armar una imagen perfecta para él. Sus brazos querían rodearla y sentir su calor.

—¿S?

—¡Ay! Perdona Sofi, estamos como locos hoy. Hace mucho frío y la gente hoy va llegando tarde al trabajo pero todos quieren su café de lunes —dijo Pepe—.

—¡Oh no!, debo irme que llego tarde al trabajo. Me llevo el ticket y luego paso a buscar mi chocolate —Martín guardó el papel en el bolsillo y salió apresurado.

—Que tengas un lindo día —le dijo mientras lo veía salir—. ¡Mi café Pepe!

—Aquí tienes preciosa, feliz lunes.

—No existen los lunes felices Pepe, ya lo sabes.

Capítulo IV

Sofía corrió al hall del edificio y vio cómo la puerta del ascensor se cerraba a unos pasos de distancia. El otro ascensor estaba en reparaciones y sabía que llegaría siete minutos tarde.

“Es lunes Sofía, estas cosas pasan solo los lunes, no hay más remedio. Llegas y pones una sonrisa para que nadie mire el reloj.” Siguió tomando sorbos de su café amargo y al llegar fue directo a la sala de reuniones.

Salió del ascensor, se sacó el abrigo y lo tiró en el escritorio de la recepcionista, que le dijo con una sonrisa acusadora:

—Buenos días señorita Fernández. La esperan en la sala de reuniones.

—Puff, en camino.

Sofía se paró en la puerta, acomodó su atuendo y entró con una gran sonrisa, y su taza de café, por supuesto. Entró, recorrió la sala con la vista y lo vio.

—¿Pero qué haces tú aquí? —dijo sin entender que hablaba en voz alta mientras miraba al moreno alto que había visto en el café. Él la miró y no pudo evitar sonreír.

—Buenos días señorita Fernández, la estábamos esperando —dijo Luis, su jefe, haciéndole señas para que se sentara de una vez

—Mhmm mhmm —dijo afinando la voz—. Buen día a todos, comencemos —y se sentó para quedarse callada.

—Antes que nada, y como ya todos saben, hoy tenemos dos personas que se unen al equipo. La señorita Florencia Galante que estará ayudando a Norma con el estudio de las estadísticas. Y el señor Martín López, diseñador gráfico que estará trabajando en las campañas de marketing digital exclusivamente. ¡Bienvenidos! Y como estamos locos, hablemos directamente de los próximos proyectos. Señorita Fernández, la escuchamos.

—¡Sí! ¡Aquí voy! —dijo mientras se paraba haciendo una mueca tipo mujer maravilla. Hola a todos, soy Sofía Fernández, manager del área de digital marketing de la empresa. Hay tres marcas que no crecieron como esperaban el año pasado y quieren probar equipos de marketing digital alternativos, así que aquí tenemos tres oportunidades increíbles. Podemos servir a todas o elegir las que más nos interese para llevarlos al próximo nivel.

—¡Las tres, las tres! —dijo su jefe con los ojos encendidos—. Ahora que tenemos más personal podemos tomar más trabajo y riesgos.

—¡Eso pensaba yo! Perfecto. Armaremos un *study group* con Florencia y Norma y tendré tres propuestas para que las discutamos.

—Muy bien equipo, a trabajar. Hagamos un *focus group* primero para definir quién trabaja en qué. Pediré café y nos quedaremos aquí creando, ¿les parece?

—¡Sí! —dijo Sofía haciendo una señal de saludo militar.

Mientras esperaban el café y unas masas, la gente charlaba. Sofía aprovechó para acercarse a Martín.

-Ahora ya lo sabes, S de Sofía, mucho gusto Martín.

-Mucho gusto señorita Fernández.

-Sofía. SO-FI-A —le dijo vocalizando exageradamente.

Martín se sonrojó.

—Está bien, Sofía.

-Oye, no creo que traigan chocolate aquí. Pero yo te enseñaré a beber café como se debe —dijo

Sofía sonriendo.

Martín miró su sonrisa porque le parecía encantadora pero negó con la cabeza.

—Me gusta el café pero todas las mañanas de frío tomo chocolate caliente, una vieja costumbre familiar...

“Que aburrido.”

—Está bien, puedes enviarle un correo a los de Recursos Humanos y te lo darán, creo. Norma siempre se quejaba de que no había manzanas verdes, y tan solo seis meses después ganó la batalla y obtuvo su premio —dijo mientras le guiñaba el ojo.

-No es necesario, el metro me ha dejado aquí en diecisiete minutos así que puedo pasar por el café de abajo y compararles chocolate.

-Sí, es muy rápido, me encanta ese café. ¿No eres de aquí, verdad? ¿De dónde eres?

-Me he mudado aquí ayer, conseguí este trabajo la semana pasada. Vengo de un pueblo a unos 200 kilómetros de aquí. Muy tranquilo.

-Sí, yo tengo un problema con esa palabra. Aquí nada es tranquilo ¡y me encanta! ¡Bienvenido a la ciudad menos tranquila del país Martín!

Sofía se alejó de Martín con una imagen en la cabeza: él montando un caballo por la tarde como actividad favorita.

-¡Hola Norma! Se viene trabajo pesado eh, pero confío en ti.

-Hola Sofi, ¡gracias! Qué guapo el chico nuevo, ¡verdad? Me he olvidado que estoy para casarme cuatro meses —rió Norma.

Sofía se dio medio vuelta y lo miró: era guapo, alto, espaldas anchas que lucía su camisa slim fit como los dioses, ojos verdes y una mandíbula bien definida; pero no sentía esa adrenalina que generalmente acompañaba sus enamoramientos repentinos.

-Meh, es bonito pero es de pueblo por lo que me ha contado... Parece bastante tranquilo y aburrido y ya sabes que eso no va conmigo.

-Aja, ¡pero si lo que no va contigo son los gilipollas que te rompen el corazón Sofi!

-¡Calla! —dijo Sofía apoyándose el dedo en sus labios.

Capítulo V

Luego del *focus group* quedaron todas las ideas que habían surgido en papeles encima de la gran mesa de la sala de reuniones.

—Muy bien, ¿y ahora? ¿Por qué no armamos tres equipos y cada uno elige a una sola compañía para no mezclarnos? Si necesitan ayuda obviamente la pueden pedir a los otros equipos —dijo Luis con la mano derecha apoyada en el mentón.

—Estoy de acuerdo, yo empezaré con Norma una vez que me manden los datos que pedí, yo quiero la compañía de leches vegetales si a nadie le molesta.

—Bien, y agrega a tu equipo a Martín así va aprendiendo.

Sofía la miró como dudando. ¿No prefieres que empiece con algunas de las compañías más nuevas o más pequeñas? Si pegamos este contrato creo que nos abrirá al mercado de productos vegetarianos y veganos que tanto están de moda.

—A mí me interesa ese mercado señorita Fernández, puedo diseñar para dos proyectos si así lo necesitan, no tengo problemas.

—Sofía te he dicho —le dijo mientras lo penetraba con la mirada—. Está bien, comienzas conmigo y también ayudas a Pedro con la compañía de cereales infantiles.

—Perfecto, ¡a trabajar gente! —dijo Luis con entusiasmo.

Más tarde ese mismo día, Sofía se acercó al box de Martín para discutir sobre los diseños.

—Toc toc —dijo fingiendo tocar una puerta inexistente—. ¿Podemos hablar? Hay una sala de reuniones vacía, es pequeña pero nos servirá.

—Vamos.

Entraron a una sala para seis personas.

—Siéntate donde gustes, si ves salas de reuniones vacías y quieres trabajar solo puedes disponer de ellas, como la mayoría tiene boxes aquí, hay una excepción para diseñadores y managers en general.

—Gracias. Estuve viendo las campañas anteriores de la marca. Es interesante lo que han hecho. Yo estoy pensando en algo más sencillo, minimalista.

—Qué bueno, yo quiero hacer una campaña bien agresiva afirmando los valores de la marca. Va a ser muy importante que tu logo esté en armonía con lo mío.

—Bien, ya iremos hablando.

—Y dime, ¿has ido a buscar tu chocolate caliente al café?

—Aún no, he decidido no almorzar y quedarme viendo las campañas y armar algo sencillo para después darle forma y retocarlo.

—¿Trabajar con el estómago vacío? ¡Sacrilégio! Yo iba a bajar por una sopa o ensalada, ¿quieres venir conmigo y reclamar tu desayuno a las dos de la tarde?

—¿No prefieres que trabajemos?

—¡No sin comer antes! Además, nosotros somos artistas, ya vendrá alguna idea revolucionaria mientras almorzamos, o tomamos una ducha... juntos no, por supuesto, bueno, ¡tú me entiendes! ¡Vámonos!

Sofía se tocó las mejillas que habían tomado temperatura tras su comentario. “*Bad choice of words Sofía*”

—Vamos —dijo él mientras intentaba dejar de lado las imágenes que Sofía había traído a su imaginación—.

Almorzaron juntos, Martín decidió acompañar su tan esperado chocolate caliente con un sándwich de jamón serrano, hojas verdes y queso parmesano.

—Puff, tú tienes algo, no tomas café por la mañana y ahora mandas a tostar un sándwich con hojas verdes. ¿No hay reglas culinarias en tu pueblo?

Martín la miró sonrojado.

—Es que hace frío y quiero comida caliente. Tú has pedido ensalada, ¿quién come ensalada en este clima? —le preguntó apuntando a su *Ceasar Salad* que para él simplemente no era comida.

—¡Ja! Es que ya me he pasado con las masas de la reunión, además aquí hace tanto calor que no lo noto. Pero cuéntame, ¿por qué has elegido esta ciudad?

—Siempre he querido vivir en una ciudad grande, espero poder quedarme aquí un tiempo largo, quizás cuando sea más grande extraña la tranquilidad y quiera volver, pero por ahora espero poder acostumbrarme al ruido y la falta de tranquilidad como me has dicho tú.

—Hasta cuando dices todo esto luces muy tranquilo. Te llevas un café después de ese chocolate y ahí empezaras a alterarte, ¿te lo aseguro!

—¿Y tú? ¿Vives aquí hace mucho?

—Toda mi vida, los Fernández tenemos más de cuatro generaciones molestando con nuestro alboroto a los vecinos de esta ciudad. Por eso nadie mejor que yo para bajarte la tranquilidad del cuerpo —dijo mientras le ofrecía un guiño.

—Qué bueno, quiero aprender a catar cafés, quizás en algún momento me puedas señalar algún bar de cata.

—¿Catar cafés? ¡Eso es para turistas! Aquí agarras una guía de los mejores cafés de la ciudad, vas y te pruebas su café más emblemático ¡y listo! Eres un catador profesional.

—Entiendo, le pondré en la agenda para el mes próximo

—¿Para el próximo mes? ¿Eres un *freak* del orden? Simplemente ten la lista contigo y cuando andes cerca de algún bar, entras, ordenas café ¡y listo!

Había algo en la tranquilidad y el orden de Martín que desesperaban a Sofía, ella era una chica que iba por la vida sin planear, sin buscar y creía que este tipo de personajes eran de museos. “Vá a ser un desafío trabajar con tanta tranquilidad caminante.”

A Martín le encantaba la energía que emanaba de Sofía y estaba contento de tenerla en el equipo. Su sonrisa le parecía muy cálida y al mismo tiempo sus labios tomaban el foco de su hermoso rostro. “Espero poder acostumbrarme a tanta intranquilidad.”

Capítulo VI

—Toc toc —dijo Sofia mientras se acercaba al box de Martín—. ¿Podemos revisar el tema de los colores del logo? Me ha gustado lo que me has enviado, pero quiero ver más opciones.

—Hola Sofia, ya me estaba yendo por hoy, debo llegar a casa temprano. Si quieres me envías un correo y lo reviso desde allí, si no, mañana estaré en la sala de reuniones trabajando en ello.

—Uh, ¿ya te ibas? Está bien, lo veremos mañana. Aprovecho hoy para revisar otras cosas con Norma. Que descanses.

Martín se levantó, tomó su abrigo y su ordenador y se fue.

“¿Tendrá novia?... ¡qué te importa a ti Sofia Fernández!”... pensó.

—¡Hola Norma! ¿Cómo te ha ido? Quiero revisar la segunda carpeta de datos, ¿tienes tiempo? —dijo mientras se sentaba frente a su escritorio.

—Hola Cielo, sí, puedo hacerlo ahora, ¿pero no tenías que revisar el logo con el guapo de Martín?

—Se ha ido ya, me dijo que debía llegar a la casa.

—Oh, ¿será que tendrá novia? ¿Esposa? ¿Hijos?

—No lo sé ni me interesa Norma, ya te dije que me ha parecido muy aburrido. A mí me gusta la acción, ¡la adrenalina!

—¡Ja! Para eso ve a ver una película. Parece buen chico.

—Exacto. Un buen chico aburrido —dijo Sofia haciendo una mueca de bostezo.

La semana siguiente, se acercaba la presentación de las propuestas y Sofia y Martín se habían quedado hasta tarde trabajando.

—¡Ahhhh! —dijo Sofia estirando los brazos en señal de cansancio—. ¿Vamos por un café? ¿Ya has tomado tu chocolate caliente? ¡Yo invito!

—Sí, vamos por un café, nos vendría bien un descanso.

Bajaron al café y tomaron una mesa para dos pegada a la vidriera. A través de ella se veían personas cubiertas de abrigo al punto que solo se distinguían sus ojos. Martín los observaba con la mirada perdida.

—Me encanta el frío de la ciudad —dijo Martín—. Es tan diferente al de mi pueblo de alguna manera.

—¿Diferente cómo?

—Allí, es como si el frío lo detuviera todo. Llegada la noche las familias se juntan y comparten una sopa, un pan o alguna comida. Se reúnen cerca de la salamandra y charlan sobre el día en el pueblo... que básicamente es casi siempre igual. Pero aquí el frío no detiene a la gente. Te abrigas y sigues la vida, vas al cine, a cenar con amigos. Me gustan ambos, son fríos diferentes.

—Qué observador eres, mi mente alborotada de ciudad siempre busca otros patrones cuando miro a la calle. Como por ejemplo, ¿dónde habrá comprado esta muchacha esas botas tan bonitas? —rió Sofia mientras se paraba a saludar a la joven de la mesa de enfrente para efectivamente pedirle esa información tan preciada.

—Qué desenvuelta eres. Ya vengo, debo usar el toilette. ¿Quieres otro café?

—Por supuesto, nunca digo que no a un café, pero pídelo para llevar, ¿vale?

—Ok.

Martín se olvidó de llevar su móvil; que en momento sonó y Sofia lo dio vuelta sin pensarlo.

Cuando Martín volvió ella lo sostenía y miraba a la pantalla. “Juana, ahora si ya sé porque se va temprano a veces... debe ser la novia.”

—Perdón, lo tomé por instinto.

—No te preocupes.

Martín tomó su celular y tocó su mano. Se quedaron mirando mientras sus manos se rozaban por unos segundos hasta que la notificación de la llamada perdida los devolvió a la realidad.

—¿Seguimos trabajando?

—Sí, vamos.

Sofía notó el cosquilleo de sus tripas pero decidió no darle demasiada importancia.

Capítulo VII

—¡Cata! Sálvame de este aburrimiento amiga ¡Necesito salir y divertirme hoy! ¿Nos vamos de fiesta? Hay fiesta VIP en el bar de un amigo al que le manejo las redes y estoy invitada, ¿vienes conmigo?

—Hola Sofi, por supuesto amiga. Pero no terminemos muy tarde.

—Haré todo lo posible para que llegues a tu casa al amanecer, como ya me conoces ;)

—Jajaja ¡No! Bien, pasa a buscarme y vamos para allá.

—En treinta minutos estaré en tu puerta.

Llegaron al bar cuando ya estaba casi repleto, entraron directo con sus invitaciones VIP y fueron a la barra y pidieron cuatro rondas de tequila. Después, a la pista.

—¿Dónde están los hombres esta noche? ¿Acaso nadie se quiere divertir?

Sofía buscaba con la mirada a algún chico con cara de *troublemaker*, sus favoritos.

—¡Voy a buscar cuatro rondas más!

...Unas horas después...

—Amiga, creo que debemos irnos ya, hemos tomado demasiados tequilas incluso para nosotras. Iré a ver si me llaman un taxi, espérame aquí.

—Sí, tienes razón. Ve que aquí te espero.

Sofía se apoyó en la barra y sacó su celular para mirar la hora. Tenía recordatorios del trabajo y uno de ellos decía: *Pedirle a Martín #Aburrido :s que modifique en ángulo del logo.*

Siguiendo un impulso, Sofía abrió los mensajes y escribió:

Sé que es tarde pero el recordatorio que me he puesto lo justifica. Tenemos que hacer algo con el ángulo del logo.

Martín estaba a punto de conciliar el sueño cuando escuchó la notificación de mensajes, extrañado de recibir uno tan tarde. Respondió:

—¿Aún estás trabajando Sofía? Mañana te envió un correo y lo revisamos.

Una vez más llevada por el impulso del momento, Sofía habilitó la cámara de su móvil y se sacó una *selfie*:

—¡No! Esta noche es noche de chicas. Alguna noche deberías venir conmigo y te mostraré la ciudad... que es *IN-TRANQUILA*, por supuesto, como yo :P Aunque me imagino que tú algo debes saber, esa espalda marcada que tienes debe tener sus secretos ;)

“¿Pero qué demonios?” Martín no le respondió porque no sabía qué decir de todos modos. Decidió dejarlo de lado y hablarlo al día siguiente, aunque su corazón acelerado al recibir ese mensaje quería responderle inmediatamente.

Capítulo VIII

Cuando Sofía abrió los ojos esa mañana de sábado, se encontró a Cata durmiendo al lado de ella. No recordaba muy bien cómo habían llegado y se dio cuenta que no siquiera se había sacado el vestido negro.

—Cata, despierta. Qué dolor de cabeza —Cata se dio vuelta haciendo una mueca y no le respondió—. Iré a hacer el café y te lo traigo a la cama.

Fue hacia la cocina y escuchó que sonaba su teléfono. Era su hermana, que le escribía pasándole un contacto de una empresa que buscaba alguien que le manejara las redes. Colocó el café molido en el *french press* y esperó unos minutos; mientras tanto miró las fotos de la noche anterior intentando recordar qué había pasado. Solo vio una foto, la *selfie* pero no le prestó atención. “Ese tequila realmente era fuerte, debí haberle creído al *bartender*”.

Escuchó que Cata había salido de la habitación para entrar directamente al baño. Sirvió dos tazas grandes de café, tomó un paquete de magdalenas y esperó a su amiga en el living.

Martín desayunó distraído. Juana le había ofrecido hacerle unos panqueques y cuando se dio cuenta de que no le prestaba atención a sus preguntas, se los sirvió con sal.

—¡Puaj! ¡¿Qué esto Juana?!

—Te he preguntado varias veces cómo querías los panqueques y no me respondías, cuando levanté la voz y dije panqueques con sal, ¡dijiste que sí!

—Basta de bromas, hazme uno solo con mantequilla y el chocolate caliente, nada más.

—Está bien hermanito —dijo Juana mientras se acercaba a la cocina riéndose—. Mañana te toca hacerlo a ti.

“Debes responderle el mensaje Martín, dile cualquier cosa pero dile algo.” Martín se rascaba el cabeza, pensativo, como si estuviera ante un trabajo creativo imposible de resolver. En cierta manera así lo era. Su vida romántica era casi nula, sacando a Ester, la muchacha más bonita del pueblo. Y fue al reconectarse con ese recuerdo que Martín decidió usar la misma estrategia: invitarla a tomar un helado, por supuesto.

—*Hola Sofía, acabo de enviarte un correo con diferentes ángulos del logo, revísalo y dime qué te pareció. Respecto de lo de ayer, me gustaría invitarte a tomar un helado si quieres.*

El móvil de Sofía sonó mientras tomaba un sorbo de café. Abrió el mensaje y lo escupió.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡¿Qué he hecho anoche Cata? —gritó mirando a su amiga que no sabía a qué se refería.

—¿Qué ha pasado Sofí?

Sofía apoyó el café, se limpió las migas de magdalena y releyó el mensaje y los mensajes de la noche anterior.

—Ayer borracha le he mandado una *selfie* a Martín, mi nuevo compañero de trabajo, diciéndole que debería traerlo de fiesta. ¡Y hasta le digo que tiene la espalda marcada! ¡Maldito tequila!

—¿Y qué te ha respondido?

—Me quiere invitar a tomar un helado. ¿Quién demonios invita a alguien a tomar un helado? ¡Y en pleno invierno!

—Tú siempre andas comiendo ensaladas... y en pleno invierno —dijo Catalina en tono pícaro.

—¿Qué hago ahora? No puedo salir con alguien como Martín. ¡¿En qué lío me he metido?!

—¿Pero cuál es el problema?, por tu comentario ebria diría que piensas que es bonito. En tu

empresa no está prohibido liarse con colegas...

—Es que Martín es todo lo opuesto a lo que yo busco en los hombres, Cata.

—Pero no te ha ido bien con esos hombres Sofi.... dale una oportunidad.

—¡No! Es demasiado centrado, conservador, sí, es muy caballero y siempre tiene detalles pero yo no siento esa adrenalina que siempre me ha llevado a enamorarme.

—...A enamorarte de las personas equivocadas que siempre te rompen el corazón. Sofía la miró y luego sus ojos se pusieron blancos.

—Necesito una ducha fría, ¡luego veré qué le respondo!

Sofía tenía una sensación extraña y poco familiar en el cuerpo. Le emocionaba la idea de tener una “cita” con Martín, incluso aunque fuera para tomar un helado en pleno invierno, pero al mismo tiempo su cabeza le decía que no.

Cuando salió de la ducha, Cata estaba en la cocina preparando sopa y por supuesto, ensalada.

—¿Te ha servido la ducha cariño? ¿Ya sabes qué vas a hacer?

—No lo sé, creo que el cuerpo me dice que sí, la cabeza que no...

—El cuerpo tiene mucha sabiduría Sofi, deberías escucharlo.

—Pero, ¿Martín? y ¿Sofía? No lo sé. Es sencillo, tranquilo, educado, amable. Nunca anda con sonrisas exageradas como las mías pero esa media sonrisa tiene mucho más efecto que las mías. Siempre me pone incómoda cuando charlamos y me mira a los ojos, como si realmente quisiera entender las tonteras que le digo... pero no sé... una vez tomando un café nuestras manos se tocaron y fue intenso, pero de nuevo mi mente no sabe qué elegir... Es un muchacho de pueblo, y hasta me dijo que quizás en algún momento volvería a vivir allí.

—¡Vaya que lo has estado observando!, nunca te había escuchado describir a alguien así. Creo que ahí tienes tu respuesta.

Sofía y Martín se encontraron el domingo en la esquina de la plaza central. Ella había elegido una heladería italiana que estaba allí hacía varias décadas. Martín llegó puntual pero fue al toilette antes de que llegara Sofía para refrescarse la cara. Estaba más nervioso de lo que había anticipado. Salió a la entrada y esperó a que llegara.

—Hola Sofía —se acercó a su mejilla y sintió ese perfume tan especial que en su memoria ya estaba ligado a ella. A su rostro y a esa sonrisa tan expresiva.

—Hola Martín —el cuerpo de Sofía se acercó más de la cuenta y una de sus manos rozó la de él. Instintivamente, se sostuvieron las manos.

Sofía tomó distancia, aclaró su voz:

—¿Entramos? —dijo.

—Sí, esta heladería parece de antaño, gracias por elegirla.

—De nada Martín, si vamos a tomar helado en invierno no habría un lugar mejor que este.

—¿Hubieras deseado que te invite a tomar otra cosa? Perdón —dijo Martín sonrojado mientras caía en cuenta de que, a diferencia de Ester, estaba frente a una chica de ciudad...

—Oh no, ya sabes que yo como ensaladas en invierno —Sofía se dio cuenta de su contradicción. “Aunque una cena formal no estaría nada mal. ¿Una cena? ¡Concéntrate Sofía!”

El silencio observador de Martín le molestaba profundamente, era como si alguien estuviera mirando dentro de ella...

—Este helado es la gloria —dijo Sofía llevándose un bocado más a la boca cuando sus nervios le fallaron y un poco de chocolate con nuez quedó sobre sus labios. Se tocó la comisura y se lo limpió—. Perdón, soy medio descuidada a veces, además que alguien me mire tan profundamente como lo estás haciendo tú no lo hace más fácil.

—¿Profundamente? Sólo te miro —dijo Martín mientras lentamente acercaba su mano izquierda a la mano de Sofia. “Esos labios deben ser la gloria”.

El cuerpo de Sofia volvió a reaccionar pero esta vez con mayor intensidad. No solo se revolvió sus tripas, esta vez sus piernas también hacían notar que el tacto de Martín era algo que deseaba. Sofia lo miró y no pudo hacer más que sujetar su mano y mirarlo a los ojos. Sus miradas se sostuvieron así por un instante, hasta que Martín, sin pensarlo, se levantó de la silla y se acercó a Sofia. Se agachó, le sujeto el cuello y la besó profundamente.

Sofia recibió su beso con pasión y mientras él la besaba se levantó de la silla para apoyar sus brazos en los hombros de Martín y acariciar su pelo.

Todo se detuvo cuando una pareja de ancianos que estaba cerca de ellos comentó en voz alta: “los jóvenes de estos tiempos...”

Martín lo escuchó y aunque no quisiera parar sostuvo a Sofia del cuello con ambas manos, la miró y sonrió.

—Estoy muy contento de que me hayas escrito ese mensaje.

Sofia lo abrazó sin responder. Salieron de la heladería y fueron a compartir un café a uno de los bares notables de la ciudad.

Capítulo IX

Sofía llamó nerviosa a Martín.

—Hola Martín —dijo antes de que él pudiera responder.

—Sí, dime.

—Estoy que vuelo de nervios. He perdido la tarjeta de memoria con el logo definitivo y no puedo encontrarla. Debo hacer una presentación previa para Luis mañana temprano, ¡y no sé cómo solucionar esto! ¿Ya te has ido de la oficina?

—No te preocupes, tengo una copia en mi ordenador personal.

—Ok, ¿puedo pasar por tu casa a buscarla?

—No, mejor dame tu dirección que yo te lo llevo, no he llegado a casa además.

—Está bien, ahora te la envío con un mensaje.

Martín llegó y Sofía lo esperaba en la puerta del hall.

—Aquí Martín —le dijo mientras le hacía señas.

Martín se acercó y le dio un beso en la mejilla mientras le acariciaba la mano.

Sofía se alejó y le preguntó:

—¿Lo tienes aquí?

—Tengo una tarjeta con el diseño previo al definitivo, pero me acuerdo los detalles, solo necesitaré sentarme unos minutos con el ordenador y retocarlo, ¿podemos subir?

Sofía se sentía incómoda porque aún no habían hablado de aquel primer beso de domingo pero se vio obligada a decir que sí por haber sido tan distraída y haber perdido la bendita tarjeta de memoria.

—Está bien, subamos y terminamos rápido con esto.

Martín sentía la tensión de Sofía, pero sospechaba que no era sólo por haber extraviado el diseño.

—¿Estás bien? Luces tensa.

—Sí, es que esto me tiene loca, si conseguimos esta marca nos abrirá mercado a otras compañías en el mismo área.

—¿Sólo por eso?

Sofía lo miró un segundo y luego giró para enfrentar la puerta del ascensor.

—Solo quiero solucionar el tema del logo —dijo.

La casa de Sofía era un amplio apartamento pintado con color lavanda lleno de obras *vintage* y cuadros con frases. Había varios cuadros y retratos de gatos. Y también fotografías con la misma chica. El ambiente olía a flores y lucía muy ordenado.

—Vaya, no me imaginaba tu casa así, es muy bonita.

—Gracias, dijo ella.

Martín trabajó varios minutos, Sofía preparó dos tazas de café y le ofreció unas cookies de chocolate. Apoyó todo en una bandeja de madera que trajo hacia una mesa de roble cubierta por un vidrio grueso.

—Gracias, sí que hace frío hoy.

El parecía decidido a no caer ante la tensión en el ambiente.

—De nada, ¿ya lo has retocado?

—Ya casi, solo lo ajustaré a los colores que habíamos elegido.

Cuando Martín terminó, Sofía respiró profundo y se relajó.

—¡Gracias Martín!

Lo abrazó e inmediatamente recordó que quedaba pendiente hablar del beso.

Martín la abrazó con intensidad, pero Sofia se soltó y le pidió que se sentaran a terminar el café.

—Aún sigues tensas, ¿qué ha pasado?

—Mejor no lo hablemos ahora.

—Si hay algo que hablar, ¿qué diferencia hace hablar ahora o hablarlo después?, dime. ¿Estás preocupada por nosotros?

“No hay nosotros.”

—Solo creí que deberíamos hablar del beso en la heladería.

—Nuestro primer beso —dijo Martín mirando hacia el techo mientras evocaba su recuerdo sonriendo—. ¿Qué pasa con el beso?

—Martín, tú debes entender que nosotros somos dos personas diferentes, hasta opuestas te diría. Creo que deberíamos olvidar que nos dimos ese beso y seguir siendo colegas nada más. Nada de un “nosotros”.

Martín no había logrado procesar esa última frase cuando Sofia agregó:

—Tú eres un chico tranquilo de pueblo, muy tranquilo. Yo siempre busco adrenalina.

—¿Pero por qué me dices esto ahora? —le preguntó Martín mientras se acercaba para apoyar sus manos en el hombro de Sofia.

—Es que no quiero que pienses que esto va a avanzar. Ese beso...

Y antes de que pudiera terminar, Martín se acercó y la besó una segunda vez. El cuerpo de Sofia temblaba y la respiración estaba agitada. Luego la besó una tercera, cuarta y una quinta vez hasta que Sofia emitió un gemido.

Martín la tomo del cuello con las dos manos callado y la miró unos instantes.

—¿Quieres que me detenga, o le hacemos caso a nuestros cuerpos que se desean?

El corazón de Sofia latía con fuerza; su cabeza le entregaba varios mensajes, todos contradictorios; su entrepierna cada vez se sentía más y más húmeda. No sabía a quién escuchar. “¿Qué hago madre mía?, quiero más... pero tengo miedo”.

Martín la miró como si estuviera estudiándola, y sin esperar respuesta, la agarró de la cintura y la llevó hacia el sofá, donde siguió besándola hasta que escuchó a Sofia murmurar:

—¡Por dios! ¿Dónde has aprendido a besar y a tocar así? Mi cuerpo no resiste esto...

Alentado por el comentario, Martín ayudó a que se pararan y la apoyó contra la pared de la cocina. Sofia no paraba de gemir y al intentar agarrarse de algo tiró un cuadro con bulldogs franceses pintado en tonos fluorescentes.

—Te deseo Sofia, me encantas, tienes un cuerpo increíble... —le dijo Martín mientras la dio media vuelta para desabrocharle el vestido color vino, lentamente.

Sofia había dejado de escuchar a su cabeza pidiéndole que parara y cuando se dio vuelta dejó caer su vestido, tomó la mano de Martín y lo llevó a su habitación.

Cuando llegaron, Sofia le sacó la camisa y miró por unos segundos el torso esbelto de Martín. Él se acercó y siguió besándola. Se acercaron a la cama, donde Sofia quedó sentada al borde, y aprovechó para sacarle el pantalón. La respiración de Martín era cada vez más intensa. Levantó la cabeza para cerrar los ojos pero antes vio que en la pared de la cama había un cuadro enorme con la frase: *HASTA LA VISTA, BABY* acompañada con la cara del Terminator, luego volvió mirar a Sofia cuando ella le tomó las nalgas y empezó a bajar su ropa interior.

A medio sacar, Sofia se terminó de recostar y mirándolo le dijo:

—Mi cuerpo quiere que tú le desnudes —mientras se acariciaba el muslo.

El sexo de Martín explotaba ante la excitación por el momento que vendría después.

—¿Qué más quiere tu cuerpo Sofia?

—Todo.

Martín recorrió su cuerpo con delicadeza y suavidad, y cuando llegó a sus pechos los despojó de su sostén para acariciarlos con la lengua, centímetro por centímetro. Sofia gemía y decía: — Más, quiero más.

Martín se acercó a su boca para besarla y luego susurró:

—Quiero acariciarte toda, con la lengua, ¿quieres?

Las manos de Sofia tomaron las sábanas con violencia.

—Mmm... ¡sí!

Martín recorrió su piel suave que brillaba con la luz tenue de la habitación. Llegó a su monte de Venus y comenzó a lamer suavemente guiándose con los gemidos de Sofia que aumentaban en intensidad, la recorrió de norte a sur hasta que escucho a Sofia:

—Me encanta, explotaré de placer en cualquier momento.

—Sí nena, así lo quiero, dámelo.

Sofia retorció sus brazos usando las sábanas y sintió a su sexo temblar.

Cuando Martín sintió que su cuerpo se relajaba le murmuró:

—Me encantas, ¿tienes un condón?

Sofia lo miró sonriendo y abrió un cajón de la cómoda. Martín se acercó y le acarició las mejillas, esa media sonrisa la mataba. Besó sus hombros lentamente y luego su cuello con más pasión, mientras entraba en ella despacio... sintió cómo la humedad de Sofia iba en aumento y empezó a gemir de placer.

—Puedo sentirte toda.

El sexo de Sofia había sido invadido por Martín, que se movía más intensamente a cada segundo hasta llegar a tal velocidad que necesitó de sus manos para que su cabeza no tocara la pared.

—¡Me corro, oh, me corro! —dijo Martín extasiado.

Cuando terminaron, la miró y se movió al costado trayéndola hacia él para que se apoyara en su pecho.

Sofia no podía creer que podría sentir tal intensidad, una intensidad que nunca había experimentado con nadie. Su cuerpo latía y respiraba una energía nueva. Y su mente, su mente estaba a callada, apaciguada...

Capítulo X

Sofía y Martín se habían levantado en un nuevo universo. Él estaba muy contento y Sofía miraba al techo con una sensación de confort que le resultaba incómoda.

—Buenos días —le dijo Martín cuando ella giró hacia su lado.

—Qué bueno que ya estás despierto, no te quería molestar, suelo ser ruidosa por las mañanas.

—¿Solo durante la mañana? —dijo Martín con su sonrisa.

Mueca de por medio, Sofía dijo:

—Sí, y sé escucha varios pisos abajo y arriba.

Se levantó y fue al baño a ducharse. Martín le tocó la puerta.

—Ya salgo y dejo que te duches.

—Gracias —le dijo Martín ya en el baño, sentado en el inodoro, mirando a su alrededor, encantado con el paisaje que lo iluminaba.

—¿Vamos por tu chocolate y mi café al bar? Yo no tengo mucho aquí.

—Sí, yo invito esta vez —le dijo él—. Con el metro y llegaremos rapidísimo y podremos sentarnos a disfrutar antes de que se inunde de gente.

Llegaron al café y ordenaron sus bebidas con un pastel de chocolate y unas cookies de jengibre.

—Ahora sí que estamos liados —dijo Sofía con una sonrisa

—Qué lindo enredo —agregó Martín, acariciándole la mano.

Sofía miró las cookies de jengibre y las atravesó con el pensamiento. Martín, al observarla, le ofreció un pedazo:

—Disculpa que no te he ofrecido antes, toma.

—No, no quiero, solo recordaba algo del pasado —dijo ella.

—¿Qué recordabas?

—Las galletas de jengibre eran las favoritas de mi madre. Me había enseñado a hacerlas cuando yo era muy pequeña. Papá viajaba mucho y era nuestro dulce de bienvenida para él.

—Qué linda historia, ¿cuántos años estuvieron casados?

—Pues, solo estuvieron juntos hasta que yo tuve trece años, resulta que mi padre alargaba los viajes porque tenía una familia entera en otra provincia.

—Lo siento. Debe haber sido duro para ti.

—Sí, nunca más pude hornear estas galletas. Mamá quedó sola con dos niñas y no fue fácil para ella. Nunca hubiera imaginado que alguien que afirma amarte con locura, como lo hacía mi padre, podría también mentir en la cara y tener no solo críos, sino hasta perro y gato con otra mujer.

—¿No quedaste en contacto con él después de eso?

—No, no he querido. Ahora él está muerto —dijo Sofía con la voz un poco quebrada y la cabeza baja.

Martín sostuvo su mano y le dijo:

—Eso ya pasó, ahora tú puedes armar tu propia familia con alguien que sepa amarte.

Sofía lo miró con dulzura y por un momento la fantasía de tener una familia no le pareció muy lejana. Algo con lo que ella soñaba pero que había decidido enterrar por el engaño de su padre.

—Mi madre estuvo con mi padre cuarenta y siete años, hasta que él falleció de un infarto. Fue muy triste para ella, pero se puso el almacén al mando y se encargó de que yo tuviera un futuro mejor.

—Qué linda tu madre, ¿la extrañas?

—Sí, su fortaleza no tuvo límites. En un pueblo donde todos solo quieren heredar algo de los padres, ella me alentó a estudiar y que me fuera de allí. Por eso me pagó cursos online de diseño, y como no había mucho que hacer allí, tengo muchas horas de práctica. Todo se lo debo a ella.

—Tú seguro también sueñas con tener una familia algún día.

—Sí, eso nunca lo dudé, solo me pregunté cuándo. Me gustaría estar preparado de la mejor manera posible para poder cuidar de mi futura mujer y mis hijos.

“¿Hijos?, ¿en plural? ¡Vaya!”, pensó ella. “Cómo me gustaría a mí sentir esa seguridad”.

El tono de mensajes del celular los interrumpió y Martín decidió responder. “¿Será esa tal Juana?”, se preguntó ella.

Capítulo XI

La semana comenzó cargada de alta tensión laboral. Ese mismo viernes era la presentación ante los representantes de las marcas. Sofía había trabajado duro y estaba segura de que conseguiría el contrato. A ratos se enojaba consigo misma por momentos de distracción causados por la presencia de Martín.

—Toc toc, hola, ¿cómo estás?

Martín giró y le ofreció esa sonrisa que ya casi tenía su nombre:

—Hola, muy bien gracias, por preguntar, ¿cómo has estado tú?

Ese pequeño saludo ya casi rutinario se asemejaba al de dos adolescentes enamorados.

—¡Bien! ¿Quieres ir por unas pizzas y copas después del trabajo? ¡Nos lo merecemos después de tanto trabajo!

—Hoy no puedo, debo llegar a casa temprano. Y además quiero revisar la presentación algunas veces más. Esto debe salir perfecto.

Sofía lo miró decepcionada, y justo en ese instante sonó el móvil de Martín. “Juana”, decía el identificador.

La impulsividad de Sofía la llevó una vez más al límite:

—¿Quién es esa tía que siempre te llama? —exclamó al punto de que varios compañeros se dieron vuelta para escuchar la respuesta de Martín.

—Es un asunto privado, ya te explicaré, pero no aquí —dijo Martín sonrojado por la atención repentina.

—Si hay algo que hablar, ¿qué diferencia hace hablar ahora o hablarlo después? —dijo ella usando sus propias palabras.

—Aquí no Sofía, te he dicho que es algo privado.

Sofía se dio medio vuelta y se fue sin terminar de escucharlo.

Sofía sacó su teléfono y empezó a escribir sin parar:

—Yo sabía que el hombre perfecto no existe Cata. Otra vez vi en el identificador que lo llamaba una tal Juana y no ha querido hablar de ello diciendo que era algo privado. ¡Qué odio siento ahora mismo!

—Tranquila Sofi, deja que te explique, que igual tú tienes un radar especial para detectar mentiras. No pierdes nada cariño. Iba todo de maravillas con Martín.

—No, no y no. Sólo puso excusas como todos los hombres. Esto se va terminado...

Al final del día, Martín estaba esperándola en el hall de la oficina con una taza de café negro y sin azúcar.

—Sofía, aquí, quiero hablar contigo, déjame explicarte algo.

—No Martín, no voy a escuchar la excusa barata que habrás inventado para no explicarme quién es esa tía en verdad.

—Pero es algo privado, te dije, no lo podía discutir ahí en frente de todos.

—Mira, hagamos las cosas simples. Esto se acabó. Contigo y con todos los gilipollas que dicen que quieren una cosa y después se arrepienten sin pensar en los sentimientos ajenos. Estoy cansada de estos juegos. Ahora entiendo que cuando decías “futura esposa” seguro te referías a esa tal Juana. Buena suerte para ambos, ¡pero yo aquí no juego más!

—Sofía, no me has dejado hablar, escúchame. Tranquiliémonos —dijo él sujetándole los hombros.

Sofía se soltó, y sintió aún más rechazo al ver su entereza y tranquilidad al momento de mentir y recordó el mismo odio que sintió por su padre cuando negó la verdad enfrente de su madre.

—¡No! Tú y yo somos historia. Se ha acabado. Adiós Martín —se dio media vuelta y caminó rumbo a la esquina hasta darse cuenta de que la boca del metro estaba en la otra dirección. Se sentó en un banco para orientarse y secarse las lágrimas.

Llegó a su casa con una tristeza que ella no se podía explicar y llamó a Catalina.

—Hola Cata, necesito verte amiga, ¿puedes venir?

Cata entendió el tono de voz de Sofía y respondió:

—Sí, por supuesto, ya salgo para allí.

Cata entró con su llave y fue directo a abrazar a Sofía, que lloraba en silencio.

—No entiendo por qué tanto malestar. Siempre me ha pasado lo mismo y me repongo enseguida

—Es que esto no era lo mismo que las otras veces Sofí. Martín parecía realmente enamorado de ti, y tú de él.

Sofía la miró con incredulidad, se levantó y fue a la cocina a poner agua para el café. “Igual que mi padre...”, dijo en voz baja.

—¿Y qué te ha dicho como excusa de esta tal Juana?

—Ni he dejado que me explique, era obvio que andaba liado con ella, incluso antes de ligar conmigo.

—Pero, Sofía.... ¿Por qué no has dejado que te dé una explicación? —dijo Catalina mientras se acercaba a la cocina para terminar el café.

—Yo no iba a tragarme los cuentos como siempre Cata. ¡Estoy cansada de estos juegos!

Catalina la miró unos segundos y tomándole la mano la llevó al living para pedirle que se sentara.

—Sofía, debo decirte algo, pero antes dime, ¿confías en mí?

—Sí, eres como una hermana para mí.

—Bien, escúchame con atención y toma esto como el consejo de alguien que te adora y que quiere verte bien.

—Escucho —dijo ella acomodándose en el sofá.

—Martín es el tipo de hombre siempre buscabas, pero que cuando aparece en tu vida de alguna manera, lo dejas pasar por miedos del pasado.

Sofía la miró como si le estuviera hablando en otro idioma.

—Sí, tu padre fue un desalmado por lo que le hizo a tu madre, pero esa fue su historia, no la tuya. Y tú no necesitas repetir el ciclo. Anímate a pedirle una explicación a Martín y a confiar en su respuesta. Confía en un hombre, quizás por primera vez en tu vida, no todos son como tu padre.

Sofía la escuchó con atención y aunque podría haberle replicado varias veces, esta vez eligió el silencio porque nunca había visto a Catalina entregarle un mensaje con tanto amor y compasión.

Tomaron un café juntas y luego Sofía le explicó quería quedarse sola esa noche. Antes de abrirle la puerta, Sofía la abrazó con calidez y sin más explicaciones le dijo “gracias”. Cata acarició su frente y respondió: “te quiero, adiós”.

Capítulo XII

Sofía se levantó del sofá en el que había permanecido en silencio algunas horas, miró el reloj de la cocina y fue a prepararse una ensalada. Abrió la heladera y sacó algunos vegetales. Los apoyó en el lavabo para lavarlos, pero las lágrimas volvieron a interrumpirla. También recordó aquello que se dijo cuando estuvo con Martín: “quiero más, pero tengo miedo”.

“Pero no sé quién será esa Juana, yo no estoy loca... Sí, me duele como nunca antes, pero...”

Tenía las manos apoyadas en la mesada, pensando, buscando una explicación lógica. Guardó los vegetales, puso agua para tomar un té y volvió al sofá. Recordó que había apagado su celular y decidió encenderlo en caso de que Luis necesitara algo de último minuto antes de la presentación del día siguiente.

Vio varios mensajes de Martín, decidió no leerlos. No tenía en claro qué quería hacer. Su cabeza le decía que había gato encerrado, y su corazón quería llamar a Martín y arreglar las cosas. Especialmente después de su encuentro con Catalina.

Luego vio que uno de los mensajes era de Norma.

—¡Ya descubrí el secreto! Después de ver tu intercambio con el guapo de Martín me crucé con Nuria de Recursos Humano. Ayer a última hora Martín fue a aclarar que él tiene una menor a su cargo, una hermana de la que es el tutor legal. Resulta que no había querido avisar pensando que no lo contratarían, pero ayer decidió dejarlo sentado. ¡Obviamente Nuria le dijo que no había ningún problema con eso! Perdón que me haya entrometido, pero te vi muy cabreada ayer, y pensé que te gustaría saberlo.

“No puede ser... soy una idiota.”

Sofía marcó el número de Martín pero él no atendió, se dio cuenta de que eran ya las dos de la mañana y que él no atendería. “Esta tiene que ser la respuesta, lo sé.” Sofía corrió al baño de su habitación y se duchó. Murmuraba palabras mientras el agua recorría su cara. “Mañana arreglo esto.” Se fue a dormir con el corazón acelerado y una brisa de esperanza.

Capítulo XIII

Después de cuatro horas de entresueño Sofia saltó de la cama. Volvió a ducharse y preparó una taza de café para poder enfrentar el día. Se la llevó al vestidor y se detuvo unos minutos allí. “Hoy es la presentación, pero antes hay algo más importante”. Sacó algunos vestidos y los apoyó en la cama. Los miró con atención y eligió uno con rosas rojas y fondo negro. Entre sorbos, se colocó las medias, el vestido y seleccionó aretes y colgantes. Al terminar se miró al espejo “tu puedes Sofia Fernández”, dijo. Fue a la cocina y preparó una taza de chocolate para él.

Despertó a Nuria de Recursos Humanos, y con excusa de por medio, le explicó que necesitaba con urgencia la dirección de su compañero Martín. Salió con una taza térmica en la mano que cerró con mucho cuidado. Eran las siete cuando dejó su casa. Se tomó el metro hasta llegar a un barrio residencial muy tranquilo “como Él”. Llegó al piso catorce, apartamento tres, y tocó el timbre.

Abrió una muchacha jovencita de pelo oscuro como Martín, con un pijama estampado con figuras de animé y una taza en la mano.

—¿Sí? —dijo la joven mientras tomaba un sorbo—, ¿hice mucho ruido hoy?

—Hola —entonó Sofia—. Me llamo Sofia Fernández, trabajo con Martín, y necesito verlo urgente.

—Oh, ¿ha pasado algo? El despertó muy temprano hoy por una presentación, ya se ha ido para la oficina, ¿quieres que lo llame?

—No, no, está bien.

—Ok, mucho gusto Sofia, yo soy Juana, su hermana menor. ¡Pero mantenlo en secreto que en la oficina nadie lo sabe! —dijo mientras hacía una seña de cierre sobre los labios.

—¿Juana? ¡Juana! —dijo Sofia mientras se acercaba y la abrazaba sin aviso previo. Juana quedó con los brazos abiertos y la mirada descolocada—. Qué gusto conocerte, sí, lo mantendré en secreto. Debo irme a encontrar a Martín pero luego hablaremos.

Juana cerró la puerta rascándose la cabeza porque no había entendido muy bien lo que acababa de suceder “mujeres de ciudad... ¡ya seré así de loca yo también!”

Sofia bajó del metro y revisó la taza térmica, aún estaba caliente. Fue directo al bar a buscar a Martín.

Cuando llegó él estaba parado al lado de la barra de entregas, tenía una taza en la mano. Se paró enfrente de él.

—Hola Martín, necesito hablar contigo.

Martín la miró tranquilo, le tomó la mano y le entregó la taza que sostenía.

—Mi hermana me ha enviado un correo diciéndome que una muchacha muy alborotada había tocado la puerta preguntando por mí. Este es tu café negro y sin azúcar —le dijo mientras le acariciaba la mejilla colorada.

Sofia se sacó el abrigo y buscó una mesa para sentarse. Mantuvo la cabeza gacha unos segundos hasta que corrigió su postura y lo miró.

—Martín, desde el primer día en que te conocí te juzgué. Pero trabajar contigo con el proyecto fue lo mejor que me pasó porque te conocí más profundamente y a pesar de mi negación era claro que tú eres una persona muy especial. Yo he pasado mi vida romántica buscando chicos de la noche para pasar el rato diciéndome a mí misma que solo me quiero divertir, pero siempre elegí a aquellos que me romperían el corazón. De manera superficial.

Sofía agachó la cabeza nuevamente y frotó sus manos sudadas. Buscó en el bolsillo de su vestido un pañuelo que tenía preparado para sus lágrimas.

—Yo siempre elegí a personas que no podrían lastimar mi centro. Cuando te conocí me tuve que decir a mí misma que lo nuestro no funcionaría porque sabía en mi corazón que eras lo que siempre busqué... pero los miedos de mi madre no me dejaron atreverme a ir más allá contigo. Tomé la salida fácil y me dije a mí misma que Juana debía ser tu novia o esposa sin permitirte darme una explicación. Ya sé que Juana es tu hermana, fui a buscarte allí hoy porque quería darte esto —dijo Sofía entregándole la taza de chocolate que traía desde su casa—. La semana pasada compré muchas variedades de chocolates para que en casa tengas una taza asegurada todas las veces que vengas. Y te la ofrezco hoy con la esperanza de que aún tengas ganas de verme. Lo siento. Siento haberte hecho pasar ese mal momento en la oficina.

Martín la miró con ternura y, sosteniéndole el cuello, la besó.

—Por supuesto que quiero seguir viéndote Sofía. Yo te pido disculpas por no haber confiado antes en ti y haberte contado lo de mi hermana, tenerla a cargo me hace responsable de su bienestar y no quería arriesgar mi puesto de trabajo. Pensé que caería mal en la empresa. Me cuesta abrirme pero contigo tengo ganas de hacerlo cada día un poco más. Yo soy una persona tranquila pero estoy seguro de que estando juntos vamos a aprender mucho del otro. Tú de mi tranquilidad y yo de tu in-tranquilidad.

Sofía lloraba de felicidad, lo abrazó y le dijo:

—Te quiero Martín.

—Y yo a ti Sofía. Te quiero —le dijo mientras la rodeaba con sus brazos y sentía su perfume, su calor y su amor—.

Capítulo XIV

Sofía y Martín caminaban de la mano hacia unos de los bares notables de la lista. Juana caminaba detrás con los auriculares puestos y mirando todo a su alrededor.

Entraron, eligieron una mesa para tres y ordenaron tres cafés, un pastel y dos cookies.

—Mira Sofí, el bolso de esa mujer, ¡es espectacular!

—¡Uh wow! ¡Deberíamos preguntarle dónde lo compró!

—Juana la miró desconcertada, ¿se puede hacer eso?!

—¡Por supuesto! —dijo Sofía con un guiño y tomándole la mano para que se levantara de la silla.

—No le enseñes tus costumbres. Si hay alguien en esta ciudad que lo hace es Sofía, pero no creas que todas las mujeres andan preguntando sobre los atuendos, zapatos o lo que se sea, Juana.

Sofía y Juana se miraron y rieron a carcajadas.

—Pues ahora serán Sofía Y Juana —dijo haciendo la señal de la mujer maravilla. Sofía la acompañó con el gesto mientras caminaban hacia la mujer para pedirle la información.

Martín las miró con su media sonrisa y se sintió feliz de aquella escena de ciudad donde su vida era todo lo que él había soñado.

—¿Viste la cara de la muchacha Sofi? Pobre, ¿habrá pensado que veníamos a ofrecerle algún producto?

Sofía reía a carcajadas.

—¡No sabía que sería mucho más divertido hacerlo con alguien! De ahora en más, ¡lo haremos juntas!

Apoyaron sus brazos en el hombre de la otra e hicieron un *high five*.

Sofía se detuvo a observar la escena y se sintió profundamente agradecida. Ahora tenía una familia y ya no tenía miedo. Miró a Martín y sintió un amor muy profundo que le inundaba el corazón de felicidad.

Epílogo

—Vamos, vamos que llegaremos tarde a la estación —decía Martín haciendo señas con las manos para que Sofia y Juana entraran al coche.

—¡Ya casi hermanito! Tuve que armar un bolso más con algunas cositas que me dio Sofi

—Listo —dijo Sofia metiendo un pequeño bolso estampado con caras de gatos usando gafas de sol.

Llegaron a la estación de tren y se miraron. Era el momento de despedirse de Juana que había entrado a su instituto favorito, por lo que debía mudarse de barrio e ir a vivir a una residencia para estudiantes.

—Cuídate mucho hermanita, ya sabes que cualquier cosas nos avisas.

Juana lo miró con confianza.

—Estaré súper bien Martín, este año con Sofia he aprendido a manejarme, ya soy una chica de ciudad —afirmó mientras acomodaba su pelo con actitud—. Vendré a verlos seguido igual. No hay nada como el nuevo apartamento de Sofi —dijo mirándola y haciéndole un guiño.

—¡Nuestro apartamento hermanita! —ya sabes que siempre te recibiremos.

Luego de varios abrazos más, Juana subió al tren sin mirar atrás, como toda una chica de ciudad.

Al entrar al coche, Sofi ya tenía un mensaje con una foto adjuntada:

Mira estos zapatos de terciopelo azul! Los ha comprado en la tienda de la estación central ;P

Sofi rió y le respondió:

Perfecto, el fin de semana iré a verlos! Gracias por la información

Esa noche, Martín y Juana terminaron la cena y se sirvieron dos tazas de café para acompañar las galletas de jengibre que ella había preparado para él.

—Qué lindo año hemos tenido Sofi.

—Sí mi amor, pero aún nos falta un día. Mañana será un año después de aquel beso en el café —dijo Sofia sonriendo.

—Sí, nuestro aniversario pero también algo más...

Sofía lo miró sorprendida y él tapó su boca con un beso antes de que Sofia pudiera hablar y preguntar a qué se refería con “algo más”. Aquel muchacho tranquilo de pueblo había aprendido de la mejor, y ahora era ella la que se encontraba sorprendida de sus insinuaciones.